

EL PAPEL DE LAS ACADEMIAS EN LA CRISIS DE LA CONCIENCIA ESPAÑOLA*

por JOSE LUIS COMELLAS

Hay gratitudes que están por encima de las palabras, y por tanto no pueden ser cabalmente expresadas. Una gratitud de esta naturaleza es la que me domina ahora mismo, cuando me corresponde manifestar mi reconocimiento a la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, institución cargada de un prestigio de siglos, asiento de hombres ilustres e ilustrados, grabados muchos de sus nombres en el recuerdo de la Historia, que ha tenido la generosidad de haberme elegido para ingresar en sus filas, sin otro mérito por mi parte que mi amor de toda la vida por las Buenas Letras y mi amor de casi toda la vida por Sevilla: dos amores a los que tal vez no he sabido responder en el grado y de la forma que el objeto amado merece.

Y la emoción que me domina queda potenciada por un hecho que quizás debiera callar aquí, pero que tiene para mí el significado de un simbolismo prodigioso, de una reviviscencia incomprensible, que me permite en cierto modo comenzar mi discurso justamente con las primeras palabras que escribí en Sevilla, un 2 de junio de 1952.

«Así —decía— me ha sido concedido el don de contemplar a la Giralda frente a frente, en carne y hueso, en toda su espléndida estatura. Luego, nos conducen por un dédalo de callejuelas, que parecen trazadas sin orden ni concierto, pero que poseen, con todo,

* Discurso leído en el acto de ingreso como Académico de número en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, el 14 de Marzo de 1993.

una rara armonía: Placentines, Segovias, Don Remondo, Abades. Aquí está nuestra casa. La Pensión Dos Marcos no es, ciertamente, una pensión como otra cualquiera. No pudieron encontrar nuestros compañeros de la Facultad sevillana un marco más adecuado para nuestra ambientación, y fuerza es suponer que lo eligieron de intento.

Es un antiguo caserón-palacio, aislado, como todos, del exterior, al que solo abre un par de rejas herméticas, pero inmenso y extraordinariamente bello el interior. Tiene un patio grande y fresco, rodeado de finas columnas renacentistas y arquerías de estuco adornadas con medallones. Las habitaciones son amplias y desvenecijadas; los pasillos, irregulares e interminables, con vueltas, revueltas y bifurcaciones, por las que nos perdemos de continuo. Y muchísimos espejos: solamente en el pasillo hay nueve, y cuatro más en la habitación. Espejos enormes, de doradas y cargadas molduras, llenos de pátina y de singular prestancia, aunque, todo hay que decirlo, inútiles a la hora de afeitarse. Fue esta casa palacio de los Pinelo, genoveses que vinieron a Sevilla a comerciar y terminaron en las esferas del patriciado urbano; y se dice que en una de sus habitaciones nació el Beato Juan de Ribera.

El silencio y la penumbra lo envuelven todo en un hálito especial de respeto. En el comedor cenan varios caballeros de barbas grises y hablar mesurado, que merecerían ser comendadores o adelantados. De pronto, sin saber cómo ni por qué, en plena noche, las veinticinco campanas de la Giralda componen una melodía no buscada que suena a música celestial. Qué extraordinario descubrimiento. Me siento feliz en mi casa de Sevilla. Una casa de las que invitan a quedarse.

¿Cómo expresar, Señor Director, Señores Académicos, queridos amigos, esta rara vivencia que por gracia de Dios y por vuestra benevolencia, permite, después de cuarenta años, el milagro de la vuelta a casa, mi primera casa sevillana?

Pero semejante estado de ánimo no puede ni debe impedirme rendir aquí el homenaje que merece la figura de mi predecesor en la plaza, el Excmo. Sr. D. Antonio González-Meneses y Meléndez. También para él hubo un cierto regreso a la casa paterna, puesto que ya por 1895 era Académico de esta de Buenas Letras D. Antonio González y García de Meneses, ingeniero y hombre de amplísima curiosidad humana, abuelo del D. Antonio a que ahora me refiero. Nacido en

Lebrija, hijo de un médico ejemplar, en 1908, vino a vivir a Sevilla en 1912, es decir, fue, en el tiempo, más sevillano que yo. Estudió en el Colegio de Primeras Letras de la calle Amor de Dios, que regentaba doña Josefa Reyna Puerto, benemérita señora que luego dio su nombre al antiguo Callejón de los Pobres. A los siete años pasaría don Antonio al prestigioso Colegio de Villasís. Estudió Medicina en nuestra Universidad, con una brillantez que acreditan sus 24 Matrículas de Honor, para licenciarse en 1930 con Premio Extraordinario. Cuando leyó años más tarde su Tesis Doctoral, D. Gregorio Marañón le calificó como excepcionalmente dotado para la enseñanza. Y es que el don de la palabra fue tal vez el más excelso de los muchos que D. Antonio González Meneses poseía..

Joven aun, le sorprendió la guerra civil, en la que quiso servir en tareas humanitarias y generosas, recorriendo como médico los frentes y dirigiendo en Sevilla la Escuela Preparatoria de Enfermeras. Su labor y sus méritos llamaron la atención de los regidores de la cosa pública, que quisieron atraérselo a la esfera de la política, camino que D. Antonio, después de primerizas vacilaciones, rehusó, porque no era el suyo. Su amistad creciente con D. Gabriel Sánchez de la Cuesta le conduciría por una senda que ya, consciente o inconscientemente, había comenzado a recorrer: la dedicación abnegada a la práctica médica, combinada con el culto a las letras, a las artes y al pensamiento. El Dr. Jiménez Ontiveros escribía de él: «insaciable en la lectura, invencible en la polémica, recitaba versos a los jóvenes, a los amigos y hasta a los catedráticos». Sus autores predilectos fueron S. Juan de la Cruz, Gracián y Juan Ramón Jiménez. Sabemos que ya por los años 20 visitaba con sus amigos al aún joven Joaquín Romero Murube, a Luis Cernuda, Alejandro Collantes, Manuel Halcón. Obra de su espíritu humanista fue su trabajo «afirmación del amor frente a Petrarca».

Un humanismo que en modo alguno estorbó su labor clínica, antes bien, la potenció en su pleno sentido. Elegido Académico de la Real de Medicina en 1957, hizo de su discurso toda una profesión de fe, invocando «el carácter de entrega, de sacrificio, que la vida del médico supone; hecha de estudio, de trabajo, de desinterés, de desvelo. Pero, sobre todo, hecha de amor al prójimo». Fue este amor inteligente hacia los demás el que hizo de D. Antonio un buen cristiano, un buen médico, un buen humanista. Distinguido pediatra y profesor en el Seminario, siguió cultivando las Letras. Hasta ingresar en esta Academia el 17 de diciembre de 1967 con un bellissimo discurso que muchos hubiéramos deseado haber escrito, sobre «los nombres sevillanos de

las flores». Como botánico, poeta, pensador y hasta con unas gotas de teología, supo teorizar como nadie sobre la atracción que los hombres en general y los sevillanos en particular sienten hacia las flores: «El hombre —decía— fue primero jardinero del Edén..., y ahora, en el desierto, siente nostalgias del primitivo jardín».

D. Antonio González Meneses, amigo de los niños y de las flores, tuvo que ser necesariamente un hombre de bien, dotado de una noble y exquisita sensibilidad. El Señor le tenga para siempre en el jardín donde las flores no marchitan.

Pero mi intervención de hoy, Señores, no puede referirse a recuerdos personales ni a añoranza de viejos amigos idos, sino a un tema histórico, por razón del campo que os ha llevado a la generosa decisión de elegirme Académico. Y he buscado un tema que pudiera parecer a propósito, como el del papel de las «academias» en la que he dado en llamar Crisis de la Conciencia Española, que se opera a fines del siglo XVII, y que viene a representar una de las transformaciones más operativas en el conjunto de nuestra Edad Moderna.

Hubo un tiempo en que los españoles se sintieron dueños de destinos universales. La espléndida floración que en todos los aspectos, no sólo de la cultura, sino de la vitalidad y plenitud histórica vino a representar el que llamamos Siglo de Oro, les convenció acerca de una especial vocación colectiva, informada por los más altos ideales. Cierto que estos ideales, y fuerza es reconocerlo, no alcanzan en nuestra sociedad de hoy el predicamento que en otra época tuvieron, ni se encuentran, si vale la expresión, de moda en estos días. Pero este cierto descrédito de hoy no empece su vigencia, ni la fuerza con que tal acervo impulsó la acción histórica de los españoles en los siglos XVI y XVII.

No es este el momento de insistir en el orden de valores propio del Siglo de Oro, que con peculiar agudeza han estudiado tanto nuestros investigadores como una pléyade ilustre de hispanistas de muy diversos países del mundo. Solo cabe aquí recordar, porque parece necesario, que el espíritu desbordado del barroco hipertrofió la vocación histórica de los españoles, hasta hacerles crecer que por designio divino habían sido elegidos como artífices de una altísima misión en la defensa de la fe y de los valores todos de una concepción espiritual y salvífica del hombre, del mundo y de la vida.

«El Rey de España —escribía con su peculiar hinchazón, por 1600, Tomás Campanella— es el campeón de Cristo, y apóstol armado de la civilización cristiana. Su destino es ser *Católico*, esto es, universal; y

signos muy ciertos se tienen ya por indicio de que está a punto de llegar al dominio de la Tierra, para hacer que todos los hombres honren al verdadero Dios dondequiera que el sol alumbre». La idea de una especial predestinación que hacía de los españoles un pueblo elegido queda paladinamente expresada por Fray Juan de Salzar, en 1619, cuando afirma que «los sucesos cuasi símiles en todos los tiempos, y el modo singular que Dios ha tenido en la elección y gobierno del pueblo español, declara ser un pueblo escogido en ley de gracia, como lo fue el electo en tiempos de la escrita». Existen, pues, dos pueblos elegidos por Dios en orden al cumplimiento de sus designios en este mundo: el pueblo judío para el ejercicio del Antiguo Testamento, y el pueblo español para la ejecución del Nuevo. Una idea muy similar podemos encontrar muy poco después en Fray Bernardino de Peñalosa.

En suma, el acento recargado del barroco lleva a sus últimos extremos la convicción de un destino cósmico de España; y muy en especial insistió sobre tal designio histórico la llamada generación de 1635, estudiada con peculiar penetración por el profesor Jover; generación en que se inscriben un Pellicer, un Guillén de la Carrera, un Pablo de Céspedes, un Ambrosio Bautista, o el mismo Quevedo de la *España Defendida*. Pero quizá fue Francisco Enríquez quien, en plena guerra de los Treinta Años llevó la hipérbole barroca a sus más extremas consecuencias cuando se atrevió a proponer que «las batallas en que hoy está empeñada España son propiamente de Dios, porque son por causas de religión». «Por ser las presentes batallas por causa de religión, se pueden esperar con toda certeza grandes y gloriosas victorias». Las batallas de España son, pues, batallas de Dios, y Dios no pierde batallas.

Tan enfática afirmación, tan absoluta certeza en un destino final, puede en nuestros días asombrarnos, o parecernos un descabellado e irracional exceso de confianza; pero era el más cabal reflejo de la mentalidad de los tiempos, de un proceso de hipertrofia de seguridades, que estamos obligados a conocer si queremos de alguna manera comprender la forma de ser y de pensar propia de los españoles de entonces.

Y aquí está la razón suprema del drama de las certidumbres de la edad barroca, porque por los mismos días en que Francisco Enríquez escribía que las batallas de España son batallas de Dios, y Dios no pierde batallas, las tropas españolas sufrían en los campos de Rocroi la primera derrota de los tiempos modernos. Seguirían los desastres de

Lens y Dinant, y cinco años más tarde se vería obligada España a aceptar la paz de Westfalia, que sellaba el fin de su hegemonía en Europa y el término de sus pretensiones universales.

¿Qué pensaron los españoles, confiados en su destino histórico hasta entonces? ¿Cómo aceptaron la humillación de su derrota? ¿Cuál fue su reacción ante un mundo de seguridades absolutas y de promesas infalibles, que de pronto se derrumbaba ante sus ojos como un castillo de naipes? Desde hace años trabajo en el discernimiento y puntualización de la Crisis de la Conciencia Española, paralela en sus planteamientos generales a esa Crisis de la Conciencia Europea que con tanta aristocracia intelectual estudió un día Paul Hazard; pero que entre nuestros antepasados de la segunda mitad del siglo XVII revisitó caracteres especialmente dramáticos por lo que significó de derrumbamiento estrepitoso de toda una manera de entender la vida.

Del alcance social de aquel trauma puede dar idea la convocatoria que el Presidente del Consejo de Castilla hizo en febrero de 1640 a todos los prelados «para que advirtiesen cada uno a los predicadores de su obediencia que atendiesen en los sermones a templar de modo las palabras que no ofendiesen más los sentimientos, porque el pueblo, afligido, no se desconsolase del todo». Desconsolado parecía aquel campesino madrileño que en la procesión de Corpus Christi de aquel mismo año rompió las filas y se aproximó a Felipe IV para espetarle en la cara: «España entera se hunde, señor, y quien no lo remedie arderá en los infiernos».

España se hundía, y los españoles, hasta los de extracciones más humildes, eran conscientes de ese hundimiento. Como escribe Vicente Palacio en las páginas de un libro ya clásico, «los españoles, después de Westfalia, quedaron sencillamente anonadados. Por eso su traza en la conciencia nacional fue tan profunda. Toda la historia de España cambia a partir de esa fecha, y es ahora una historia lamentable: el lamentable reinado de la desmoralización, de la medianía y de la miseria». «La consecuencia fatal del agotamiento y de la derrota fue esta: la pérdida del ideal; los españoles ya no quieren nada, y ni siquiera quieren querer algo».

Con este sentido entristecido, que ve en todo el cadáver de un pueblo que ha perdido su norte y su razón de existir, ha querido interpretarse la oscura y languideciente época de nuestro último Austria, Carlos II. Solo en los últimos tiempos ha comenzado a suscitarse una corriente que no ve en aquellos años rasgos solo negativos. La tesis de la profesora Lépori de Pithod encuentra no sin cierta sorpresa que por

los días de Carlos II los españoles abandonan la literatura pesimista de la decadencia y se lanzan a nuevos proyectos. A la misma conclusión llegan muchas de las investigaciones de H. Kamen, de J.L. Abellán, de J.M.^a López Piñero. La crisis de la conciencia española fue traumática, hundió confianzas e ilusiones históricas, conmovió las almas hasta sus últimos cimientos. Pero al cabo, por una suerte de reacción mental, no hizo de los españoles un pueblo desesperanzado. Al contrario, nuevas ideas y nuevas iniciativas comenzaron a levantar cabeza desde el hondón mismo de la crisis.

No es posible resumir ahora el contenido de toda aquella revulsión espiritual, de la que ha derivado la forma de ser de la España posterior, de los siglos recientes, muchos de cuyos rasgos se han prolongado, si así queremos admitirlo, hasta la época que nos toca vivir. Pero cabe en todo caso espigar unas pocas reflexiones que nos permitan comprender siquiera sumariamente los perfiles fundamentales del nuevo espíritu que por entonces despunta, y que nos permite tomar conciencia de que la forma de concebir las cosas propia del Siglo de Oro ha periclitado para siempre.

La primera de estas reflexiones es la que formula uno de nuestros primeros académicos, y preceptor de Carlos II por más señas, Ramos del Manzano, cuando propone a sus contemporáneos que «no siempre a la mejor causa acompaña la mejor fortuna». Queda lejos el providencialismo hipetrofiado que espera el premio de los méritos ya en este mundo y en la propia marcha de la historia. Una visión realista, como corresponde a quien sabe tener los pies bien puestos en el suelo, muestra a las claras que la victoria o el éxito son independientes de la justicia o de la excelencia de la causa de quien los obtiene. Realismo mostrenco, pero realismo al fin: Sancho ha prevalecido definitivamente sobre Don Quijote.

El racionalismo que nace queda consagrado más lapidariamente que nunca cuando el académico de la de Aragón Francisco Garau, ante el aplauso de sus compañeros, identifica el *valor verdadero* de las cosas con su *fortaleza racional*, esto es, con su capacidad para resistir el examen de la razón. Ya es lo llanamente razonable, no lo sugestivo, lo que debe guiar nuestros pasos. También quiebra el argumento de autoridad: «¿Qué busca ni halla el que siempre sigue a otro?», se pregunta Diego Mateo Zapata, el máximo animador de la Academia sevillana, y luego su primer presidente de confirmación real. Zapata, siempre innovador, descontento de un pasado que cree envuelto en la rutina y en la imitación, propugna la teoría nueva, el cambio

de horizontes, la liberación de las antiguas dependencias. «No se cree a los ojos –declara– por no descreer a Aristóteles». ¿No convence más la evidencia que lo que hayan podido sostener los antiguos?

O la moderación, el eclecticismo: «El acierto y perfección de todas las cosas –escribe el académico de Madrid Gutiérrez de los Ríos– consiste siempre en unir con armonía los extremos de ellas». Frente a la fuerza de la contraposición, que, de acuerdo con la tesis de Weissbach, había constituido el ideal del barroco –la tensión entre los extremos, la dinámica de lo opuesto, el claroscuro–..., se postula ahora, por el contrario, la apacibilidad del equilibrio, la huida del extremismo, el *in medio virtus*. El título del libro de Gutiérrez de los Ríos, *El hombre práctico en las cosas todas de la vida* es ya de por sí un alegato en favor de la nueva mentalidad que se impone.

Y la claridad. La claridad es práctica y razonable a un tiempo. Frente a la hinchazón y prosopopeya del barroco, frente a la sugestión de la bella palabra inútil, la llaneza. Juan Bautista Juanini, animador de la academia de Zaragoza, pide que «todo lo que se dice o ventila sea de modo que todos lo puedan entender». Tal es el lenguaje que debe imperar en las nuevas Academias. Lenguaje correcto, culto y cultivado, pero sin afectación, dotado de la llaneza propia de la verdad razonada; un lenguaje, concluye Juanini, que evite los enrevesamientos rebuscados, «sin entrar en tantas controversias como vemos en las Universidades, que atienda solo a buscar, por el camino más llano, la verdad».

El estilo sencillo y directo será uno de los empeños más insistentes de los preilustrados de la época de Carlos II. «Lo que se escribe –pide Pablo de Ezcaray– ha de ser limpio y claro, de suerte que al leerle no disguste ni a unos ni a otros; antes bien, debe tener siempre razón, para que aquel que lo siga, leído un párrafo, se sienta movido a pasar a otro». Es por cierto abundantísima, y sesenta años anterior al P. Isla, la literatura que intenta corregir el declamatorio y teatral estilo de los oradores sagrados. «No se remedian las almas con los sermones que llaman cultos» –clamaba en su *Despertador Christiano* el P. Barzia y Zambrano. «Porque si predicar es declarar la Divina Voluntad, más declara ésta el claro y sencillo estilo que no el afectado y culto...». «El orador ha de corregir el gesto –postula por su parte el P. Pascual–, la voz y las acciones; los visajes, el excesivo desahogo e inmodestia; en la voz los desacompañados gritos y demasiados bajos, y que no sea mujeril, sino distinta, entera y clara, para que un sacerdote que representa a Cristo en el púlpito no mueva a risa con sus

hechos y sus dichos». Los modos y modismos del barroco movían ya a risa y a censura en la época de Carlos II.

Realismo, talante razonable, negación del principio de autoridad y del argumento retorcido, llaneza, naturalidad, sentido práctico: tales son las constantes de la filosofía de los nuevos tiempos. La corriente innovadora se hizo impetuosa mucho antes de que finalizara la decimoséptima centuria; y esto es así hasta el punto de que estamos en sazón de preguntarnos si la Ilustración del siglo XVIII no fue más que la consecuencia de la crisis mental de fines de la centuria anterior. ¿No se había referido Juan de Cabriada en 1687 a las *nuevas luces* que hoy nos *ilustran*? De tal modo que cabría preguntarse también si fue la dinastía borbónica la que vino a aportar una nueva mentalidad a los españoles, o fue más bien la nueva mentalidad de los españoles la que, por lógica consecuencia, hizo advenir la dinastía borbónica.

La nueva forma de concebir las cosas encuentra ya sus portavoces a fines del siglo XVII en la figura de los *novatores*. El *novator* es un tipo de intelectual perfectamente definido, en gran parte autodidacta, lector infatigable, relacionado con las nuevas corrientes, iconoclasta de las rutinas, de las tradiciones anquilosadas. Todos ellos aparecen tan estrechamente relacionados entre sí como polémicos detractores de sus contrarios, tan amantes del progreso como horrorizados ante lo vago y lo abstracto. No reniegan en absoluto de la fe cristiana o de sus principios, sí de las hormas mentales en que esas ideas fueron impuestas por las anteriores generaciones.

¿Qué vehículo podían utilizar los *novatores* para difundir y propagar sus doctrinas? ¿De qué modo podían dar a conocer las tendencias de los nuevos tiempos y llamar a las puertas de una sociedad adormecida con la fuerza necesaria para hacer oír su voz? No ciertamente la Universidad, que tantos de ellos critican a mansalva; la Universidad, aislada intencionadamente por un decreto cautelar de Felipe II, había producido durante un siglo los más sabrosos frutos de su propia y peculiar cosecha; pero, falta de fuentes al fin, se fue secando, se hizo repetitiva y rutinaria, perdió toda su capacidad para lo original y lo creador. Era, comenta Angeles Galino, un montón de cáscaras resacas, restos de un árbol otrora frondoso.

Frente a esta Universidad ya estéril e incapaz de renovación, lanza Juan Caramuel su grito desafiante: *Instituto novam Accademiám contra Peripatheticam*. Era inevitable que el nuevo espíritu que trataba de surgir de entre las cenizas censurase los métodos y las doctrinas en otro tiempo florecientes, pero destartaladas ya por entonces como un

mueble viejo, que continuaban empleándose en la enseñanza oficial. No en latín, como Caramuel, sino en castellano, rompiendo la tradición universitaria, escriben los más activos académicos, Zapata, Avendaño, Berni, Martín Martínez, Zaragoza, Vicente Tosca, utilizando la lengua vernácula como instrumento de mayor penetración social.

Pero quizá el hecho más destacado en orden a nuestro propósito de hoy sea la tendencia de aquellos hombres a reunirse en *academias*. Y precisamos el alcance de este punto. Ni la palabra es nueva, ni lo era la costumbre de reunirse sabios y eruditos para hablar y discutir concertadamente de temas culturales, literarios, artísticos o científicos de interés. Las Academias nacieron ya con el Renacimiento y, por quedarnos en el caso más próximo, para la Sevilla del siglo XVI podríamos citar hasta cinco distintas. Pero las que surgen a fines del XVII poseen ya otro sentido, otra finalidad, que las diferencia de las anteriores y las convierte en portavoces fundamentales de los nuevos tiempos, alma tal vez insustituible de las corrientes que ahora afloran. Son por una parte más institucionales, más reglamentadas, y buscan pronto una implantación oficial, si es posible con el reconocimiento regio.

Otro rasgo característico es una continuamente buscada relación recíproca, ya sea mediante una activa correspondencia, ya por el viaje de muchos de sus miembros, que mantienen una estrecha amistad con sus colegas de otras ciudades por el mero hecho de ser académicos; prelude todo ello de la famosa *República de las Letras* del siglo XVIII, tan destacadamente puesta de relieve por Th. Molnar. Pero quizá, sobre todo, las academias de fines del XVII son *militantes*, han nacido y viven para defender la nueva forma de interpretar las cosas y conferirle su más amplia proyección social. De aquí que, a diferencia de muchas de las anteriores, dejen de ser conventículos de eruditos, para buscar medios de trascendencia en el entorno.

Un papel tal vez insustituible, aunque no ha sido hasta ahora destacado, parece haber jugado en la fundación de las Academias la figura tan controvertida de D. Juan José de Austria. Fuera cual haya sido su papel político, parece que de su formación cultural y científica, y sobre todo de su curiosidad por las cosas, no cabe dudar. El obispo de Embrun decía de él a Luis XIV: «...era habilidoso en diplomacia y en política; hablaba con soltura todos los idiomas extranjeros. Siempre liberal... disertaba sobre cualquier teoría con discernimiento...». Juanini recuerda que «el tiempo que le sobraba en los manejos políticos... aplicábalo al divertimento honesto y estudio del espíritu,

con anhelo continuo de hacerse capaz en todas las ciencias y artes más curiosas y útiles al público...». En suma, un hombre de la nueva generación.

Semidesterrado a Aragón, protegió al médico y humanista Juan Bautista Juanini, con el que llegó a hacer buena amistad. A través de él conoció a Diego Dormer, que enseñó matemáticas al infante y se ganó su estima. Lo importante es que Dormer mantenía una tertulia con otros compañeros de Universidad, y que D. Juan acogió con entusiasmo la idea de desarrollarla y de conferirle vida autónoma. Así se formó el «círculo de Zaragoza», más tarde Academia, cuyo prestigio, gracias quizá al patrocinio principesco, pero también a la calidad de sus miembros, se difundió por toda España y hasta llegó a París. Juanini postulaba «un método diferente del que han usado hasta ahora así los nuestros como los modernos..., sin usar tantos argumentos ni entrar en tantas controversias, solo atendiendo a la verdad». Por su parte, Dormer fue un erudito, tal vez el padre de nuestra historia crítica, que se preocupó de la valoración de las fuentes y de la recopilación de documentos en archivos. Su obra, vertida en los *Anales de Aragón*, es un claro precedente de la del P. Flórez.

A la Academia de Zaragoza, además de Juanini y Dormer, se adscribieron Francisco San Juan, José Lucas Casalet y Francisco de Elcarte, médicos y químicos insignes. De Vicente Tosca, que más tarde se trasladó a Valencia, comenta al P. Isla que «con él se perdió el miedo a Aristóteles; se examinaron sus razones, sin tener por infalible su autoridad, y al mismo tiempo se abrazaron otras de los modernos que parecían puestas en razón». Luis Aldrete, quizá el académico de Zaragoza más relacionado con sus colegas del resto de España, afirmaba que «temen los hombres dejar el camino trillado, aunque en él se hallen precipicios evidentes, porque por donde primera vez hicieron senda, los connaturalizó la costumbre». ¿Puede encontrarse una declamación tan explícita como esta del espíritu de los *novatores*?

El establecimiento de Vicente Tosca en Valencia facilitó la conversión de la tertulia que dirigía el marqués de Villatorcas en una verdadera Academia. Gracias a la presencia de eximios pensadores y científicos, como el propio Tosca, Juan Bautista Corachán, el P. José Zaragoza, Ferrer o Vicente Mut, la Academia valenciana llegó a convertirse, allá por 1690, según opinión de López Piñero, en la más importante de España. La obra de Corachán, *Rudimentos filosóficos, o idea de una filosofía muy fácil de entender*, ya lo dice todo desde el título. Corachán, cartesiano moderado, decididamente racionalista, pero no

por eso partidario de romper sin más con el legado del pasado, es un expresivo representante del espíritu nuevo, no sólo en lo que respecta a su talante, sino por su enciclopédica dedicación a las más variadas disciplinas. Sus *Avisos del Parnaso*, escritos hacia 1690, aunque no publicados hasta 1747, bien pudieran pasar por un claro precedente de la preceptiva de Luzán.

Ferrer fue otro de los introductores de la Historia crítica y rigurosa, y se opuso con ahinco a aquellos cronistas que «no buscan los nervios de los sucesos, sino que buscan tan sólo dónde acomodar unas voces que han dado en usar, términos volantes, sin juego ni sustancia». No menos paradigmático del nuevo espíritu que levantaba cabeza es su lema: «en el medio entre los extremos consiste la virtud».

Mucho más complejo, y en todo caso decisivo fue el movimiento académico en Madrid. Aquí se operó un fecundo maridaje entre lo viejo y lo nuevo: la tradición de las tertulias literarias, acrecentada ahora, a fines del siglo XVII, justo cuando nuestra literatura áurea decae, supo unirse con el afán, ya propio de la época preilustrada, de buscar en todo lo riguroso, lo científico, lo natural y razonable. Diego Mateo Zapata, alma más tarde de la Academia sevillana, escribiría en 1701: «puedo asegurar que desde el año 87 en que entré en la Corte, había en ella las públicas y célebres tertulias, que ilustraban y adornaban los hombres de más dignidad, representación y letras que se conocían, como eran el excelentísimo señor marqués de Mondéjar, el señor don Juan Lucas Cortés, el señor Nicolás Antonio, cuya sabiduría, erudición e inteligencia parece que llegó más allá de lo posible; el doctor D. Antonio de Ron, el doctísimo D. Francisco Ansaldo... los cuales, como de todas las ciencias, trataban de filosofía moderna...». Morel-Fatio recoge el testimonio de un contertulio francés a estas reuniones, Claude-François Pellot, según el cual en ellas, dentro del más puro estilo dieciochesco, se tomaba chocolate y se abordaban por estricto orden las más arduas cuestiones de filosofía, literatura, física y matemáticas.

Pero el papel más decisivo corresponde al grupo dirigido por D. Gaspar Muñoz de Segovia, marqués de Mondéjar, no sólo en gracia a sus buenas relaciones en la Corte o por su afán de inquirir lo riguroso, sino por la presencia de hombres de corte tan preilustrado como Gabriel Álvarez de Toledo, poeta, historiador y físico atomista; Ramos del Manzano, el más ilustre jurista de su tiempo, o Luis de Salazar y Castro, Procurador de la Orden de Calatrava, creador y ordenador de archivos y bibliotecas y uno de los hombres más característicos de la nueva generación.

Pero sobre todo, la Academia del marqués de Mondéjar llegó a alcanzar un papel relevante en la historia de la cultura española cuando a ella se agregaron dos sevillanos insignes, amigos de juventud, a quienes los avatares de la vida volvieron a unir en la edad madura. Fue uno de ellos don Juan Lucas Cortés, que para Pedro Molas representa uno de los más grandes introductores del método crítico en la historiografía, y calificado por su amigo Nicolás Antonio de *omnimodae flos eruditionis*. Para Lucas Cortés, la Historia no solo ha de basarse sólidamente en el documento y en el análisis riguroso de las fuentes, sino que ha de poseer una capacidad aleccionadora que permita alinearla entre las ciencias útiles, como útiles trataban de hacer los nuevos académicos todas sus disciplinas. No es de extrañar la amistad prontamente consagrada entre Lucas Cortés y el marqués de Mondéjar, que cuando, guiado por su curiosidad, pretendió hacer la historia de su propia casa, reuniendo viejas crónicas, halló en ellas contradicciones y versiones incompatibles. Decidido a desentrañar la verdad, prometió en el prólogo de sus *Disertaciones* «una obra en la que he procurado repetir lo menos que he podido de lo que hasta aquí han escrito los nuestros, siguiendo yo otro camino, sin valerme de tantos testigos sospechosos como se ofrecen en los libros de historia». ¿No parece que estamos leyendo, todavía en pleno siglo XVII, al P. Feyjóo, o al mismo Mayáns?

Era lógico también que Cortés procurase poner en contacto al marqués de Mondéjar con un amigo suyo, erudito apasionado de la verdad contrastada, el también sevillano Nicolás Antonio, entonces agente real en Roma. Apenas parece preciso ponderar en este momento la fabulosa erudición y la capacidad de influjo sobre sus contemporáneos del autor de la *Biblioteca Hispana*. Formado en esa fecunda simbiosis que para la época ilustrada consagraron las Universidades de Sevilla y Salamanca, profesor de la Hispalense durante varios años, sufrió un cruel desengaño, nada infrecuente entre nuestros universitarios todavía en los tiempos de la informática. Dedicado con afán a un extensísimo trabajo sobre nombres propios en las Pandectas, solo cuando marchaba por el libro 18 tuvo conocimiento de la obra estaba ya realizada por otro autor (el arzobispo de Tarragona, D. Antonio Agustín).

Desalentado ante la inutilidad de la labor de más de un lustro, decidió al fin arbitrar un medio que evitase en lo futuro frustraciones como la suya: y este medio no fue otro que la elaboración de un instrumento tan dieciochesco –dieciochesco en el siglo XVII– como un

repertorio. Así nació la idea de la *Biblioteca Hispana*, el más vasto monumento de erudición de su siglo. Recorrió minuciosamente —y de paso ordenó— todas las bibliotecas de Sevilla. Se trasladó más tarde a Madrid, y en 1855, por gestión del Asistente sevillano, conde de Villaumbrosa, fue nombrado Agente en Roma, cargo que le permitió conocer a fondo la Biblioteca Vaticana y otras colecciones famosas.

Desde Roma se escribió con frecuencia Nicolás Antonio con su compañero de la Universidad de Sevilla, ya entonces en Madrid, Juan Lucas Cortés, y supo tanto de la Academia de Madrid como de la afición a la Historia de su director, el marqués de Mondéjar. Y es la posterior correspondencia de Nicolás Antonio con Mondéjar, a nuestro juicio no difundida ni valorada como merece, la mejor muestra del talante y el pensamiento del gran erudito sevillano. Contra el exclusivismo nacionalista y aislacionista de la generación barroca, escribe en la carta XV: «no lo dio todo a cada nación la soberana mano que distribuye los bienes. En todas se halla qué imitar y de quién aprender». Y en la carta X: «amo la libertad de escribir cuando lleva adelante la razón». O más tarde: «la claridad es necesaria al relatar la historia, para que no atormente lo que deleitar debe». Y en la carta XII: «las mejores reglas son las que en cierto modo prescribe la Naturaleza y las que se admiran en la natural hermosura, que no es otra cosa sino la proporción entre las partes». ¿No podemos encontrar en estas frases, y en tantas otras, el testamento del primer ilustrado español?

Cuando regresó Nicolás Antonio a España, convertido ya en Fiscal del Supremo Tribunal de Cruzada, visitó la Academia, en que tuvo la alegría de encontrar, además de a Lucas Cortés, a su antiguo profesor de Salamanca, Ramos del Manzano. La institución avalada por tantos prohombres, titulares muchos de ellos de altos cargos en la Corte, estaba en marcha. Sabemos por el P. Angeleres que se dieron pasos para obtener de Carlos II el título de Real para la Academia de Madrid. Sin embargo, por circunstancias tal vez no fortuítas, se le adelantó Sevilla.

Sería casi una osadía por mi parte tratar pormenorizadamente, en este lugar y en este momento, sobre el que el Dr. Marañón llamó el *milagro de Sevilla*, cuando tantos y tan ilustres eruditos, Barras de Aragón, Hazañas y La Rúa, Sánchez de la Cuesta, o más recientemente Aguilar Piñal, José Sánchez, Quiroz Martínez, Hermosilla, o nuestros propios vecinos y sucesores de aquella Academia le han dedicado tan sabrosos estudios. Sí conviene puntualizar que la Veneranda

Sociedad, como en principio fue llamada la que desde 1697 se reunía en casa del doctor D. Juan Muñoz Peralta, no era solo, como acabaría siéndolo, específicamente médica. Miguel Jiménez Melero, como destaca Ramón Ceñal, era filósofo maignanista, y don Antonio de Ron, canónigo de la Catedral hispalense, cultivaba las letras y la filosofía. Según José de Arriaga, se hablaba también de física y de matemáticas «ciertos días de la semana», al estilo dieciochesco. Y un manuscrito que se encuentra en la Academia de Medicina nos revela que entre aquella selecta concurrencia se discutían los temas «con tal orden, que señalando los puntos de más dificultad y oscuros, de los mejores Philósofos... se controvertían con tal delgadeza, que cada solución o dificultad pudiera admirar a los más agudos». No era, por tanto, la medicina espagírica el único campo que atraía a los académicos sevillanos de fines del siglo XVII, por más que, en virtud de razones obvias, haya sido hasta hoy el único estudiado.

El carácter moderno de la Academia sevillana queda de manifiesto a través de la larga controversia que sus miembros sostuvieron con el claustro de la Universidad, que consideraba sus doctrinas «novísimas y osadas», al punto de que el Rectorado de la Hispalense inició gestiones con vistas a su prohibición. La dedicación a la anatomía, o la independencia con que se discutían las proposiciones de Galeno o de Aristóteles llevó a muchos pusilánimes seguidores del pensamiento antiguo a tratar a los académicos sevillanos poco menos que como herejes, cuando su profundo espíritu religioso que contó siempre con la dirección espiritual de D. Antonio de Ron, queda en todo momento bien probado, y manifiesto por otra parte en la bellísima invocación al Espíritu Santo que servía de preces ordinarias al inicio de las sesiones. Aquí, como en otras partes, lo nuevo no consiste en la negación de un espíritu, sino de unas formas avejentadas, que difícilmente podían resistir el paso de los tiempos.

Pero fue aquella amenaza de la Universidad sevillana de prohibir las reuniones de la Academia, la que puso a ésta en pie de guerra. Muñoz Peralta había sido médico de Cámara de S.M., y el recién llegado y siempre combativo Diego Mateo Zapata lo era del Consejo de Castilla. Su labor conjunta en las altas esferas de la Corte logró de Carlos II no sólo la autorización para continuar las sesiones de la Academia, sino la concesión a ésta, por Real Cédula de 25 de mayo de 1700, del título de *Regia*. Un año antes de la implantación de los Borbones en España comenzaba en Sevilla la historia de las Reales Academias.

Se cierra así el ciclo sevillano, iniciado en Madrid por Juan Lucas Cortés y Nicolás Antonio, y cerrado en Sevilla por gestión de Zapata y Muñoz Peralta. El siglo XVIII comienza a fines del XVII, y un nuevo espíritu, nacido de círculos selectos que trataban de superar la esterilidad en que por entonces habían caído las Universidades, iniciaba una edad distinta y fecunda en la historia de nuestra cultura, la edad de las Academias ilustradas.